

este país cerca de la Puerta, y que no solo me exigió que me sentase todos los días á su mesa, sino que, solo cediendo á mis reiteradas instancias, me permitió volverme á la posada. Los señores Franchini, hermanos, primeros dragomanes de la embajada, me obtuvieron, los firmantes necesarios para mi viaje de Jerusalén, por orden del general, quien agregó á estos documentos algunas cartas para el padre guardian de Tierra-Santa y para nuestros cónsules de Egipto y Siria. Temiendo que pudiese llegar á faltarme el dinero, el embajador me permitió tomar sobre su crédito letras de cambio pagaderas á la vista, donde quiera que pudiese necesitarlas; y por último, uniendo á estos servicios de primer orden las atenciones de la urbanidad, quiso mostrarme por sí mismo á Constantinopla, y se tomó el trabajo de acompañarme á los monumentos mas dignos de atención. Sus edecanes y toda la embajada me colmaron de tantas muestras de aprecio, que estaba verdaderamente confundido; considero, por lo tanto, como un deber manifestarles aquí mi viva gratitud.

No sé cómo hablar de otra persona que hubiera debido nombrar antes que á todas las demás. Su estrechada bondad se unia á una gracia interesante y melancólica que parecia un presentimiento del porvenir; no obstante, era feliz, y una circunstancia aumentaba su felicidad. Yo participo de aquella alegría, que debía trocarse en largo duelo. A mi salida de Constantinopla, la esposa del general estaba llena de salud, de juventud y esperanza; y aun no habia regresado yo á nuestra patria, cuando ya no podia oír la espresion de mi agradecimiento.

..... Troja infelice sepultum
Detinet extremo terra aliena solo.

Habia á la sazón en Constantinopla una diputación de religiosos de Tierra-Santa, que habian ido á reclamar la proteccion del embajador contra la tiranía de los gobernadores de Jerusalén. Aquellos religiosos me dieron cartas de recomendación para Jafa. Por otra felicidad, la nave que llevaba los peregrinos griegos á Siria, se hallaba próxima á darse á la vela, al soplar un viento favorable; de manera que si mi proyectado viaje á la Troade no hubiera fracasado, no hubiese podido aprovechar el de la Palestina. Mi ajuste con el capitán quedó concluido en breve, y el embajador, bondadoso siempre, hizo llevar á bordo en mi obsequio las mas esquisitas provisiones. Dióme por intérprete un griego llamado Juan, criado de los señores Franchini; así, pues, colmado de deferencias y buenos deseos, el 18 de setiembre me embarqué en el buque de los peregrinos.

Confieso que si me era sensible dejar á unos huéspedes tan amables, me era muy grato abandonar á Constantinopla. Las sensaciones que involuntariamente se experimentan en esta ciudad, desvirtuan su hermosura: al recordar que aquellos campos fueron habitados en otro tiempo por los griegos del Bajo-Imperio, y que hoy los pueblan los turcos, se advierte el extraño contraste que presentan en ciertos casos los pueblos y los lugares; parece que unos esclavos tan viles y unos tiranos tan crueles no hubieran debido profanar jamás tan magnífica morada. Habia llegado á Constantinopla el día mismo en que estallara una revolución, y los rebeldes de la Romelia se habian acercado á las puertas de la ciudad. Precisado á ceder á la tormenta, Selim habia depuesto y desterrado á los ministros del desagrado de los genizaros; esperábase, pues, de un momento á otro que el estampido del cañon anunciase la caída de las cabezas proscritas. Cuando contemplaba los árboles y el palacio del Serrallo, no podia dejar de compadecer al dueño de aquel vasto imperio (1).

(1) La trágica muerte de Selim justificó plenamente mi compasión.

¡Oh! ¡Cuán miserables son los déspotas en medio de su felicidad, cuán débiles en medio de su poder! ¡Cuán dignos son de lástima al hacer correr las lágrimas de tantos hombres, sin tener la seguridad de no derramarlas algun día; sin poder disfrutar del sueño de que en su saña privan al desgraciado!

La permanencia en Constantinopla me era insoponible. Solo me es grato visitar los lugares embellecidos por las virtudes ó por las artes, y no hallaba estas ni aquellas en la patria de los Focas y los Bayacetos. Mis deseos no tardaron en verse realizados, pues levamos áncoras el mismo día de mi embarco, á las cuatro de la tarde. Desplegamos alegres la vela al viento del Norte, y bogamos hácia Jerusalén bajo la bandera de la cruz, que ondeaba protectora en los mástiles de nuestro bajel.

TERCERA PARTE

VIAJE Á RODAS, JAJA, BELÉM Y AL MAR MUERTO.

ERAMOS cerca de doscientos pasajeros, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y se veian otras tantas esteras, colocadas por orden á entrambos lados del entrepuente. Una tira de papel, pegada al costado del buque, indicaba el numero del propietario de la estera, y cada peregrino habia colgado á su cabecera su bordon, su rosario y una pequeña cruz. El camarote del capitán estaba ocupado por los papas, conductores de la comitiva, y á la entrada de este camarote se habian improvisado dos antecámaras; yo tenia el honor de habitar uno de aquellos agujeros negros, de cerca de seis piés en cuadro, con mis dos criados; una familia ocupaba el otro, en frente de mí. En aquella especie de república cada cual desempeñaba sus quehaceres á su voluntad: las mujeres cuidaban á sus hijos; los hombres fumaban ó preparaban su comida, y los papas hablaban entre sí. Oíanse por todas partes los sonidos de las cítaras y los violines y las liras; la multitud cantaba, bailaba, reía y rezaba, y la alegría era general. Los pasajeros me decian: «¡Jerusalén!» señalándome el Mediodía; y yo les respondía: «¡Jerusalén!» En fin, á no ser por el miedo hubiésemos sido la gente mas feliz del mundo; pero no bien soplaban el mas ligero viento, los marineros amainaban las velas y los peregrinos esclamaban: *Christos, Kirie eleison*; mas, cuando pasaba la tempestad, recobrábamos el perdido valor.

Por lo demás, no he observado ese desorden de que hablan algunos viajeros; lejos de esto, nadie ofendió el decoro y la decencia. Desde la primera tarde de nuestra partida dos papas hicieron la oración, á la que todos asistíamos con el mayor recogimiento. Bendijose el buque, ceremonia que se renovaba á cada nueva tempestad. Los cantos de la Iglesia griega tienen bastante dulzura, pero poca gravedad. Una cosa escitó mi atención: un niño empezaba el versículo de un salmo en un tono agudo, y lo sostenia así sobre una sola nota, mientras un papa cantaba el mismo versículo sobre un tono diferente y en cañon, es decir, empezando la frase cuando el niño habia pasado ya de la mitad. Tienen un admirable *Kirie eleison*, reducido á una nota, sostenida por diferentes voces; unas graves y otras agudas, que ejecutan, *andante* y *mezza voce*, la octava, la quinta y la tercera. El efecto de este *Kirie* es sorprendente por su tristeza y magestad, siendo indudablemente un resto del antiguo canto de la primitiva Iglesia. Creo que la otra salmodia pertenece á ese canto moderno, introducido en el rito griego hácia el siglo iv, y de que San Agustín se quejaba con harta fundamentación.

Al día siguiente de nuestra partida, la calentura volvió á apoderarse de mí con bastante intensidad; esto me obligó á permanecer acostado en mi estera. Atra-

vesamos rápidamente el mar de Mármara (la Propóntide); pasamos delante de la península de Círcia y de la embocadura de Egos-Pótamos, y costeamos los promontorios de Sestos y de Abidos: Alejandro y su ejército, Jerjes y su escuadra, los atenienses y los espartanos, Hero y Leandro no pudieron vencer el dolor de cabeza que me abrumaba; pero cuando el 21 de setiembre, á las seis de la mañana, me dijeron que íbamos á doblar el castillo de los Dardanelos, los recuerdos de Troya curaron mi calentura. Artrastréme sobre el puente, y dirigí mis primeras miradas á un enhiesto promontorio, coronado de nueve molinos: era el cabo Sigeo, á cuyo pié distinguí dos *tumulus*, los sepulcros de Aquiles y de Patroclo. La embocadura del Simois estaba á la izquierda del castillo nuevo de Asia; mas allá, á nuestra espalda, subiendo hácia el Helesponto, descollaban el cabo Reteo y la tumba de Ajax. En último término se alzaba la cordillera del Ida, cuyas laderas, vistas desde el punto donde me hallaba, parecian suaves y de un color agradable. Tenedos se mostraba en frente de nuestra popa: *est in conspectu Tenedos*.

Recorria con ávidas miradas aquel hermoso cuadro, pero la dirigia involuntariamente al sepulcro de Aquiles, recitando estos versos del poeta:

«El ejército de los belicosos griegos eleva en la orilla un monumento espacioso y admirado; monumento que se descubre á lo lejos al cruzar los mares, y que atraerá las miradas de las generaciones presentes y de las futuras razas.»

Las pirámides de los reyes de Egipto valen muy poco cuando se comparan con la gloria de ese sepulcro de césped cantado por Homero, y en cuya busca corrió Alejandro.

En aquel momento experimenté un efecto notable del poder de los sentimientos y de la influencia del alma sobre el cuerpo. Habia subido al puente dominado por la calentura; pues bien: el dolor de cabeza cesó de repente, sentí renacer mis fuerzas; y, lo que es aun mas extraordinario, todas mis fuerzas intelectuales; es verdad que veinte y cuatro horas despues, la calentura volvió á acometerme.

Nada tengo de qué acusarme: habia proyectado dirigirme por la Anatolia á la llanura de Troya, y el lector sabe ya la causa que me obligó á renunciar á mi propósito; quise trasladarme á ella por mar, y el capitán del buque se negó tenazmente á dejarme en tierra, aunque estaba obligado á hacerlo en virtud de nuestro ajuste. En el primer momento, estas contradicciones me causaron mucho disgusto, pero hoy me consuelo de él. He sido engañado tantas veces en Grecia, que acaso me esperaba la misma suerte en Troya. A lo menos he conservado todas mis ilusiones relativamente al Simois; y tengo además la buena suerte de haber saludado una tierra sagrada, y de haber visto las olas que la bañan y el sol que la alumbra.

Me admiro de que los viajeros, al hablar de la llanura de Troya, omitan siempre los bellos recuerdos de la *Eneida*. No obstante, Troya es la gloria de Virgilio como es tambien la de Homero. Extraño destino es el del país que ha inspirado los mas hermosos cantos á los dos poetas mas eminentes del mundo. Mientras veia desaparecer las costas de Ilión, procuraba recordar los versos que con tanta fidelidad pintan á la flota griega zarpano de Tenedos, y acercándose, *per silentia luna*, á aquellas solitarias orillas que pasaban alternativamente á mi vista. En breve unos gritos lastimosos sucedieron al silencio de la noche, y las llamas del palacio de Priamo iluminaron aquel mar que nuestra nave surcaba tranquilamente.

La musa de Eurípides, haciéndose cargo de estos dolores, prolongó las escenas de tristeza en aquellas trágicas playas:

EL CORO.

«¡Hécuba! ¿ves á Andrómaca que se acerca en un

«carro ajeno? Su hijo, el hijo de Héctor, el joven Astianax, sigue el seno materno.»

HÉCUBA.

«¡Oh mujer desgraciada! ¿á qué lugares eres conducida, rodeada de las armas de Héctor y de los despojos de la Frigia?.....»

ANDRÓMACA.

«¡Oh dolores!»

HÉCUBA.

«¡Mis hijos!»

ANDRÓMACA.

«¡Desdichada!»

HÉCUBA.

«¿Y mis hijos?»

ANDRÓMACA.

«¡Acude, esposo mio!»

HÉCUBA.

«¡Sí! ¡ven, azote de los griegos! ¡Oh, tú, el primero de mis hijos! Restituye á Priamo en los infiernos la que en la tierra le estuvo tan tiernamente unida.»

EL CORO.

«Solo nos quedan nuestras amarguras y las lágrimas que derramemos sobre estas ruinas. Los dolores han sucedido á los dolores.... ¡Troya ha sufrido el yugo de la esclavitud!»

HÉCUBA.

«¡Así, pues, el palacio donde me hice madre, ha venido á tierra!»

EL CORO.

«¡Oh hijos míos! ¡vuestra patria está convertida en un desierto! etc. (1).»

Mientras así me ocupaba de los dolores de Hécuba, los descendientes de los griegos parecian regocijarse aun en nuestro bajel de la muerte de Priamo. Dos marineros se pusieron á bailar sobre el puente, al compás de una lira y de un tamboril, ejecutando una especie de pantomima. Ya levantaban sus brazos al cielo, ya apoyaban una de sus manos en sus caderas, estendiendo la otra, como un orador que pronuncia una arenga; luego aplicaban esta mano al corazón, á la frente y á los ojos. Todo esto se mezclaba con ademanes mas ó menos extravagantes, sin carácter pronunciado, bastante parecidos á las contorsiones de los salvajes. A propósito de los bailes de los griegos modernos, el lector puede ver las cartas de Mr. Guys y de madama Chenier. A esta pantomima sucedió una rueda, que pasando y volviendo á pasar por diferentes puntos, reproducia bastante bien los asuntos de esos bajos-relieves en que se ven bailes antiguos. Por fortuna, la sombra de las velas del buque me ocultaba un poco el rostro y vestido de los actores, y así podia trasformar mis desaliñados marineros en pastores de Sicilia y de Arcadia.

Continuando el viento siéndonos favorable, atravesamos rápidamente el canal que separa la isla de Tenedos del continente, y costeamos la Anatolia hasta el cabo Baba, en otro tiempo *Lectum Promontorium*. Entonces hicimos rumbo hácia el Oeste, para doblar la punta de la isla de Lesbos á la entrada de la noche. En Lesbos nacieron Safo y Alceo, y la cabeza de Orfeo llegó á sus orillas, repitiendo el nombre de Eurípides:

(1) *Las Troyanas*. Teatro de los griegos. Traducción francesa.

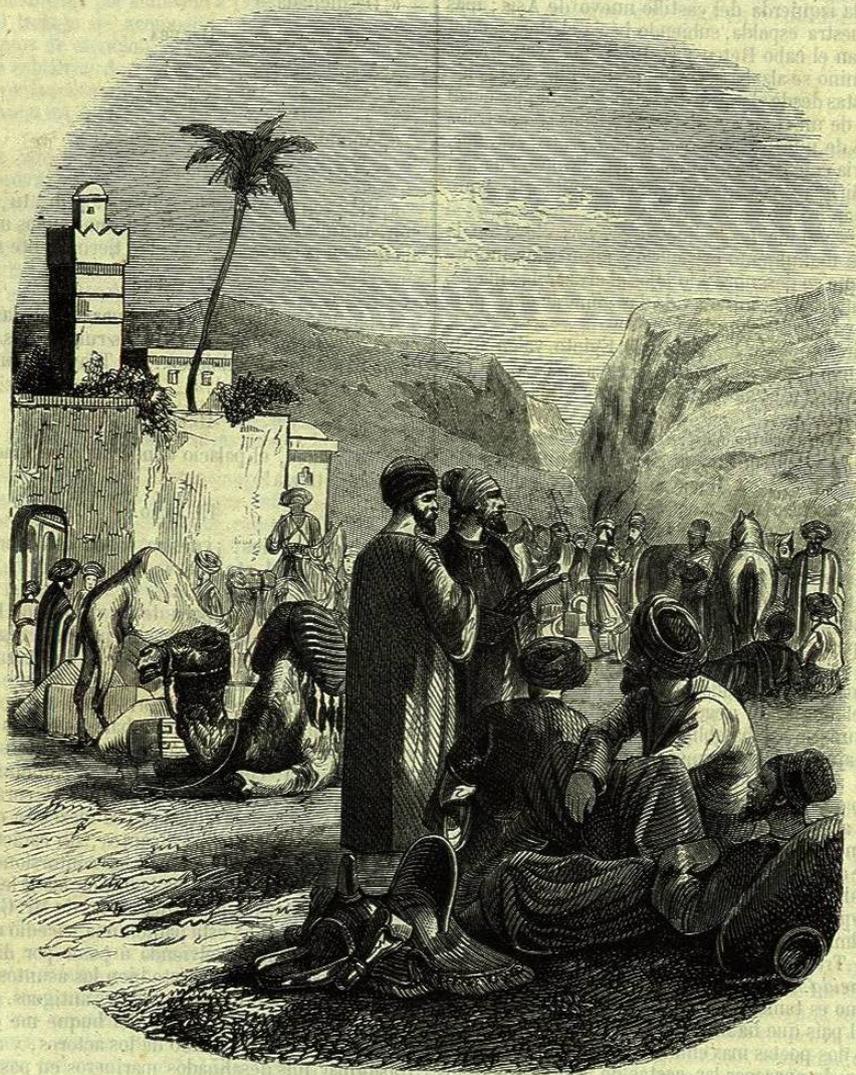
¡Ah! miseram Eurydicen, anima fugiente, vocabat.

En la mañana del 22 se levantó la tramontana con extraordinaria violencia. Debíamos fondear en Chio para tomar otros peregrinos; pero á causa del miedo y de la desastrosa maniobra del capitán, nos fue preciso ir á anclar al puerto de Tchesmo, sobre un fondo de piedra bastante peligroso, cerca de un buque egipcio naufrago.

Este puerto del Asia tiene algo de fatal. La flota

turca fue incendiada en 1770 por el conde Orlów, y los romanos destruyeron en él las galeras de Antioco el año 191 antes de nuestra era, suponiendo que el Cisso de los antiguos sea el Tchesmo de los modernos. Mr. de Choiseul ha publicado un plano y una vista de este puerto. El lector recordará acaso que yo había casi entrado en Tchesmo, al hacer vela para Esmirna, el 1.º de setiembre, veinte y un días antes de mi segundo paso por el Archipiélago.

El 22 y el 23 esperamos los peregrinos de la isla de



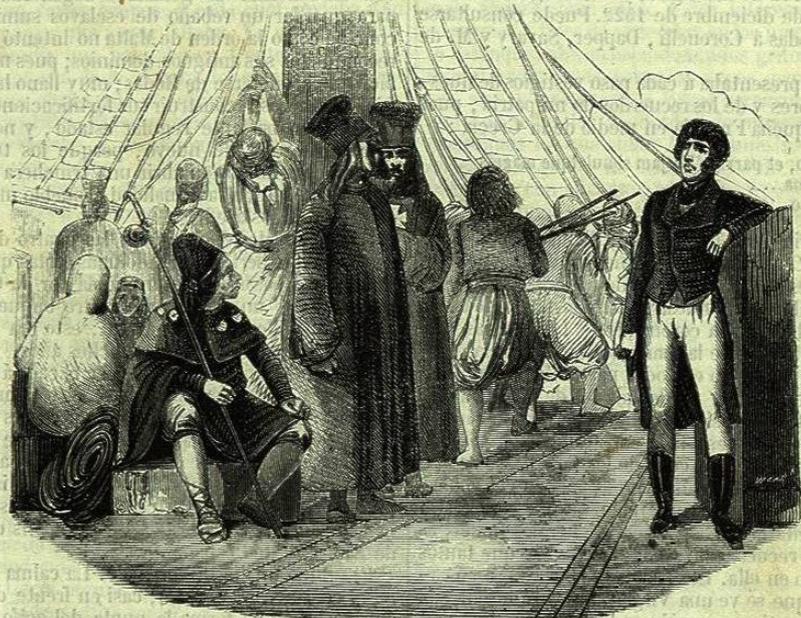
DESCANSO DE UNA CARAVANA.

Chio. Juan bajó á tierra y me hizo una abundante provision de granadas de Tchesmo, muy celebradas en el Levante, aunque inferiores á las de Jafa. Pero acabo de nombrar á Juan, y esto me recuerda que aun no he hablado al lector de este mi nuevo intérprete, sucesor del buen José. Era el hombre mas misterioso de cuantos he visto; sus pequeños ojos, hundidos en sus

órbitas, y como ocultos por una nariz muy prominente, un bigote rubio, una continua costumbre de sonreír, y cierto aire de socarronería, darán al punto una idea de su persona. Cuando tenia algo que decirme, empezaba acercándose de lado, y despues de un largo rodeo, venia casi arrastrándose, á cuchichear á mi oido la cosa menos reservada del mundo. Al verle

le gritaba: «¡Camina directamente y habla en voz alta!» consejo que puede darse á muchas personas. Juan mantenía inteligencias con los principales papas; contaba cosas extraordinarias de mí, y me hacía cumplimientos en nombre de los peregrinos que habitaban la cala, y que yo no había visto. Durante las comidas, nunca tenia apetito; ¡tan superior era á las necesidades vulgares! empero, no bien Julian había acabado de comer, mi pobre Juan bajaba al esquinete en que se guardaban mis provisiones, y so presto de arreglar los cestos, ora engullia sendos trozos de jamon, ora devoraba un ave, ora desocupaba una botella; y todo esto con rapidez tan maravillosa, que no se echaba de ver el movimiento de sus labios; terminadas estas proezas, se acercaba á mí con semblante melancólico, para preguntarme si había menester de sus servicios. Yo le aconsejaba que no se abandonase á la tristeza y que

tomase un poco de alimento, pues la inapetencia podia acarrearle alguna grave enfermedad. El buen griego creia que me engañaba; y esto le causaba tanto placer que yo le dejaba en su grata creencia. A pesar de estos defectillos, Juan era un hombre muy honrado, y merecia la confianza que le dispensaban sus amos. Por lo demás, si he trazado este retrato y algunos otros, solo ha sido para satisfacer á esos lectores que se complacen en conocer á los personajes con quienes se les hace vivir. Por lo que á mí respecta, si hubiese tenido el talento de trazar este género de caricaturas, hubiera procurado con empeño ahogarlas, porque todo lo que ridiculiza la naturaleza humana me parece poco digno de estimacion; fácil es conocer, sin embargo, que no comprendo en este juicio las chanzas delicadas, la sátira fina, la elevada ironia del estilo oratorio, y la sublimidad cómica.



PUENTE DEL PEREGRINO GRIEGO.

En la noche del 22 al 23, el bajel retrocedió, y temimos perdernos sobre los restos del buque de Alejandria que á nuestro lado teniamos. Los peregrinos de Chio, en número de diez y seis, llegaron á medio día, y á las diez de una hermosa noche, aparejamos á favor de un templado viento de Oriente, que se dirigió al Norte al amanecer el día 24.

Pasamos entre Nicaria y Samos, isla famosa por su fertilidad, por sus tiranos, y especialmente por el nacimiento de Pitágoras. El hermoso episodio de *Telémaco* ha borrado todo lo que los poetas nos han dicho de Samos. Entramos luego en el canal que forman las Espórades, Patmos, Leria, Cos, etc., y las costas de Asia. Allí serpenteaba el Meandro; allí se alzaban florecientes Efeso, Mileto, Halicarnaso y Gnido; saludé por última vez la patria de Homero, Herodoto, Hipócrates, Tales y Aspasia; pero no descubrí ni el templo de Efeso, ni el sepulcro de Mausolo, ni la Venus de Gnido; y sin los trabajos de Pococke, Vood, Espon y Choiseul,

no hubiera podido reconocer el promontorio de Micaele, bajo un nombre moderno y sin gloria.

El 25, á las seis de la mañana, anclamos en el puerto de Rodas, con objeto de tomar un piloto para la costa de Siria.

Bajé á tierra, y me hice conducir á casa de M. Magallon, cónsul francés, donde hallé la misma hospitalidad, la misma cortesanía que en todas partes. Aunque M. Magallon se hallaba enfermo, quiso presentarme al gobernador turco, hombre muy honrado que me regaló un cabrito negro y me permitió pasearme por donde quisiera. Mostréle un firman que puso sobre su cabeza, declarándome que llevaba así á todos los amigos del Gran-Señor.

Con ansia deseaba salir de aquella audiencia para dirigir á lo menos una ojeada á la famosa Rodas, donde solo debía pasar un momento.

Aquí veía empezar una antigüedad que formaba el paso entre la griega que abandonaba, y la hebráica,

cuyos recuerdos iba á buscar. Los monumentos de los caballeros de Rodas reanimaron mi curiosidad, un poco fatigada por las ruinas de Esparta y de Atenas. Unas leyes sabías relativamente al comercio, algunos versos de Pindaro acerca de la esposa del Sol y la hija de Venus (1), algunos poetas cómicos, algunos pintores y diferentes monumentos mas grandes que hermosos: hé aquí todo lo que, en mi concepto, recuerda al viajero la antigua Rodas. Los rodios eran valientes; y es hártó singular que se hayan hecho célebres en las armas por haber sostenido con gloria un sitio, como los caballeros sus sucesores. Rodas, honrada con la presencia de Ciceron y Pompeyo, fue manchada con la de Tiberio. Los persas se apoderaron de ella en el reinado de Honorio; luego fue tomada por los generales de los califas, el año 647 de nuestra era, y vuelta á tomar por Anastasio, emperador de Oriente. Los venecianos se establecieron en ella en 1203, y Juan Ducas se la arrebató; mas tarde, los turcos la conquistaron á los griegos, y en 1304, 1308 ó 1319, pasó al dominio de los caballeros de San Juan de Jerusalén, quienes la poseyeron cerca de dos siglos, y la entregaron á Soliman II el 25 de diciembre de 1522. Puede consultarse acerca de Rodas á Coronelli, Dapper, Savary y M. de Choiseul.

Rodas me presentaba á cada paso vestigios de nuestras costumbres y de los recuerdos de mi patria, pues hallé una pequeña Francia en medio de la Grecia:

Procedo, et parvam Trojam simulatque magnis
Pergama...
Agosco.

Yo recorría una larga calle, llamada todavía la *Calle de los Caballeros*; está formada de casas góticas, cuyas paredes se ven cubiertas de insignias galas y de escudos heráldicos de nuestras familias históricas. Vi las lises de la Francia coronadas, y tan lozanas cual si acabasen de salir de la mano del escultor. Los turcos, que han mutilado en todas partes los monumentos de la Grecia, han perdonado los de la Caballería: el honor cristiano ha sido admirado por el valor infiel, y los Saladinos han respetado á los Couci.

A la estremidad de la calle de los Caballeros se ven tres arcos góticos que conducen al palacio del gobernador. Este palacio sirve actualmente de cárcel. Un convento medio arruinado y servido por dos frailes, es lo único que recuerda en Rodas la religion que tantos milagros hizo en ella. Los frailes me llevaron á su capilla, en la que se ve una Virgen gótica, pintada sobre madera, y tiene un niño en brazos; las armas del gran maestre de Aubusson están grabadas al pié del cuadro. Esta curiosa antigüedad fue descubierta, hace algunos años por un esclavo que cultivaba el jardín del convento. En la capilla hay otro altar, dedicado á San Luis, cuya imagen se encuentra en todo el Oriente, y cuyo lecho mortuario he visto en Cartago. Dejé algunas limosnas á este altar, encargando á los frailes dijiesen una misa por mi feliz viaje, como si hubiese adivinado los peligros que habian de cercarme en las costas de Rodas, á mi regreso de Egipto.

El puerto mercantil de Rodas seria bastante seguro si se reconstruyesen las antiguas obras que lo defendian. En el fondo de este puerto se eleva una muralla flanqueada por dos torres, que, segun la tradicion del país, han reemplazado los dos peñascos que servian de base al Coloso. Es sabido que los buques no pasaban entre las piernas de este Coloso; y sólo hago mencion de él para no omitir nada.

Cerca de este primer puerto se encuentra la dársena de las galeras y la cantera de construcción. Construíase á la sazón una fragata de treinta cañones con los abetos de las montañas de la isla, lo que me ha parecido digno de atención.

(1) La ninfa Rodos.

Las costas de Rodas, por la parte de la Caramania (la Dórica y la Caria), están casi al nivel del mar; pero la isla descuella en el interior, y se advierte especialmente una alta montaña, aplastada en su cima y citada por todos los geógrafos de la antigüedad. Todavía quedan en Lindo algunos vestigios del templo de Minerva. Camira y Yalisa han desaparecido. Rodas, que abastecía en otro tiempo de aceite á toda la Anatolia, no tiene hoy el necesario para su consumo, pero esporta aun un poco de trigo. Las viñas producen un vino exquisito, parecido al del Ródano; los renuevos han sido acaso trasladados del Delfinado por los caballeros de esta comarca, tanto mas cuanto que estos vinos se llaman como en Chipre, *vinos de Encomienda*.

Nuestras obras de Geografía nos dicen que en Rodas se fabrican terciopelos y tapices muy estimados; algunas telas groseras, de que se hacen muebles no menos groseros, son, en este género, el único producto de la industria de los rodios. Este pueblo, cuyas colonias fundaron en otro tiempo á Nápoles y Agrigento, ocupa hoy apenas un rincón de su desierta isla. Un agá, con un centenar de genizaros degenerados, bastan para guardar un rebaño de esclavos sumisos. No se concibe cómo la órden de Malta no intentó alguna vez reconquistar sus antiguos dominios; pues nada es mas fácil que apoderarse de Rodas; muy llano hubiera sido á los caballeros reconstruir sus fortificaciones, que están aun en bastante regular estado, y no hubieran sido espulsados de nuevo, porque los turcos, que fueron los primeros en abrir una trinchera delante de una plaza, son en la actualidad el pueblo mas atrasado en el arte de los asedios.

Dejé á M. Magallon el 25 á las cuatro de la tarde, despues de haberle entregado unas cartas que me prometió hacer pasar á Constantinopla por la Caramania. Reuníme en un caique á nuestro buque, pronto á zarpar dirigido por un práctico; este era un alemán establecido en Rodas hacia muchos años.

Hicimos rumbo para reconocer el cabo á la estremidad de la Caramania, llamada en otro tiempo el *Promontorio de la Quimera*, en Licia. Rodas presentaba á lo lejos, á nuestra espalda una cadena de costas azuladas bajo un cielo de oro. En esta cadena se distinguian dos montañas cuadradas, que parecian cortadas para servir de base á dos castillos, y que se asemejaban bastante por su córte á los Acrópolis de Corinto, de Atenas y de Pérgamo.

El 26 fue un día desgraciado. La calma nos detuvo en el continente del Asia, casi en frente del cabo de Quelidonia, que forma la punta del golfo de Satalia. A nuestra espalda veia los culminantes picos del Crago, y recordaba los versos de los poetas acerca de la fria Licia.

Yo ignoraba que habria de maldecir un día las cumbres de ese Tauro que tanto me complacia en mirar, y me era grato contar entre las montañas célebres cuyas cimas habia visto. Las corrientes eran violentas y nos alejaban, como lo reconocimos al día siguiente. El bajel, que estaba en lastre, nos fatigaba mucho por sus vaivenes; en vista de esto, rompimos la estremidad del palo mayor y la verga de la segunda vela del mesana. Para tan inexpertos marinós, esto era una gran calamidad.

Es en verdad sorprendente ver navegar á los griegos. El piloto, sentado con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, empuña la caña del timón, que para hallarse al nivel de la mano, roza el piso de la popa. Delante de este piloto medio tendido, y que por consiguiente, no tiene fuerza alguna, hay una brújula que ni conoce ni mira. Al mas ligero amago de peligro, despléganse sobre el puente algunos mapas franceses é italianos; toda la tripulacion se tiende boca abajo, con el capitán á la cabeza; examínase el mapa y se siguen con el dedo sus diferentes líneas, procurando reconocer el lugar en donde se está; cada cual emite

su parecer, concluyendo el exámen por no entender nada; el mapa vuelve á ser arrollado, y despues de alguna insignificante maniobra, se toma la pipa y el rosario, y encomendándose á la Providencia, se esperan los sucesos con estraña impasibilidad. Bajel hay que recorre así dos ó trescientas leguas fuera de su derrotero, y que aborda en Africa en lugar de hacerlo en Siria, lo que no obsta para que la tripulacion baile regocijada al primer rayo del sol. Los antiguos griegos eran, bajo muchos puntos de vista unos niños amables y crédulos, que pasaban de la tristeza á la alegría con estremada movilidad; y los griegos modernos han conservado parte de este carácter; felices si á lo menos hallasen en su ligereza un lenitivo á sus miserias!

El viento del Norte volvió á soplar á las ocho de la noche, y la esperanza de llegar en breve al término del viaje reanimó la alegría de los peregrinos. Nuestro piloto, además, nos dijo que al amanecer descubriríamos el cabo de San Ifano, en la isla de Chipre. Al oír esto, todos se entregaron al regocijo. Todos llevaron sus respectivas cenas al puente; los peregrinos estaban repartidos en varios grupos, y cada cual enviaba á su vecino el manjar que á este faltaba. Yo me habia reunido á la familia que habitaba en frente de mi aposento, á la puerta de la cámara del capitán; componíase de una mujer, de dos niños y de un anciano, padre de aquella. Este anciano, que hacia la tercera peregrinacion á Jerusalén, nunca habia visto á un peregrino latino, y lloraba de alegría al mirarme; cené, pues, con aquella familia. Nunca he visto una escena mas agradable ni pintoresca. El viento era fresco; hermoso el mar, serena la noche. La luna parecia columpiarse entre los mástiles y los cables del buque: ora se mostraba fuera de las velas, y todo el buque aparecia inundado de luz; ora se ocultaba detrás de aquellas, y los grupos de peregrinos quedaban sumidos en la sombra. ¿Quién no hubiera bendecido la religion, al pensar que aquellos doscientos hombres, en aquel momento tan felices, eran no obstante otros tantos esclavos encorvados bajo un yugo odioso? Dirigíanse al sepulcro de Jesucristo á olvidar la pasada gloria de su patria y á consolarse de sus males presentes. ¿Cuántos dolores ocultos dependrian en breve en el pesebre del Salvador! Cada ola que empujaba la nave hacia la santa orilla, llevaba consigo uno de nuestros pesares.

Al amanecer del 27 nos hallamos en alta mar, sin descubrir tierra alguna con no pequeña sorpresa del piloto. La calma se hizo sentir, y la consternacion era general. ¿Dónde nos hallábamos? ¿Estábamos dentro ó fuera de la isla de Chipre? Toda la noche trascurió en esta duda singular. Hablar á nuestros marineros de resolver algun problema náutico, hubiera sido pedir peras al olmo. Cuando la brisa de la noche empezó á reinar, nos vimos en otro apuro. ¿A qué viento debiamos entregarnos? El piloto que creia nos hallábamos entre la costa septentrional de la isla de Chipre y el golfo de Satalia, queria situar el cabo al Mediodía, para reconocer la primera; pero de este cálculo resultaba que si habiamos pasado la isla, hubiéramos ido por este derrotero, directamente á Egipto. El capitán aseguraba que era preciso dirigirse al Norte, á fin de hallar la costa de la Caramania, lo que hubiera sido desandar lo andado; por otra parte, el viento era contrario para esta direccion. Entonces se me pidió espusiese mi opinion, pues en los casos algo áridos los griegos y turcos recurren siempre á los franceses. Aconsejé, hiciésemos rumbo hasta el Levante, por esta razon evidente: ó estábamos dentro ó fuera de la isla de Chipre; pues bien: en cualquiera de estos dos casos acertábamos el rumbo dirigiéndonos al Oriente. Además, si estábamos dentro de la isla, no podiamos dejar de ver la tierra á derecha ó á izquierda en muy poco tiempo, ya en el cabo Anemur en la Caramania,

ya en el cabo Cornachitti en Chipre. Entonces nos seria fácil doblar la punta oriental de esta isla, y bajar luego á lo largo de la costa de Siria.

Prevalció este parecer, y encaminamos la proa al Oriente. El 28, á las cinco de la mañana, descubrimos con gran alegría el cabo de Gatta en la isla de Chipre; al Norte nos quedaban aproximadamente ocho ó diez leguas. Así, pues, nos hallábamos fuera de la isla, y en la verdadera direccion de Jafa. Las corrientes nos habian arrastrado hacia el Sudoeste.

El viento se echó á medio día, y continuando la calma lo restante de él, se prolongó hasta el 29; en él recibimos á bordo tres nuevos pasajeros: dos vencejos y una golondrina. Ignoro la causa que pudo obligar á los primeros á abandonar los rebaños; por lo que respecta á la última, tal vez se dirigia á la Siria y venia acaso de la Francia; por lo cual me sentí tentado á pedirle noticias de aquel techo paterno que habia abandonado hacia tanto tiempo (1). Recuerdo aun que en mi niñez pasaba horas enteras mirando con un placer no exento de tristeza, revoltear las golondrinas en otoño: un instinto secreto me anunciaba que algun día seria viajero como ellas. Estas interesantes avecillas se reunian á fines de setiembre en los juncos de un vasto estanque; allí, exhalando agudos gritos y ejecutando mil evoluciones sobre las aguas, parecian ensayar sus alas y prepararse á largas peregrinaciones. ¿Por qué, de todos los recuerdos de nuestra existencia, preferimos los que suben hasta nuestra cuna? Ni los goces del orgullo, ni las ilusiones de la juventud se presentan con encanto á la memoria; lejos de esto, hallamos en unos y en otras aridez y amargura; pero las circunstancias mas ligeras despiertan en el fondo del corazón las emociones de la primera edad; y siempre con nuevo atractivo. A orillas de los lagos de América, en un desierto desconocido que nada cuenta al viajero, y en una tierra de que no se tiene otra idea que la estension de su soledad, una golondrina bastaba para reproducirme las escenas de los primeros días de mi vida, como me las retrataba á la sazón en el mar de Siria, á la vista de una tierra antigua, que resonaba con la voz poderosa de los siglos y las grandes tradiciones de la historia.

Las corrientes nos impelieron hasta la isla de Chipre, cuyas costas arenosas, bajas y en la apariencia áridas, descubrimos. La mitología habia colocado en aquellos lugares sus mas risueñas fábulas (2).

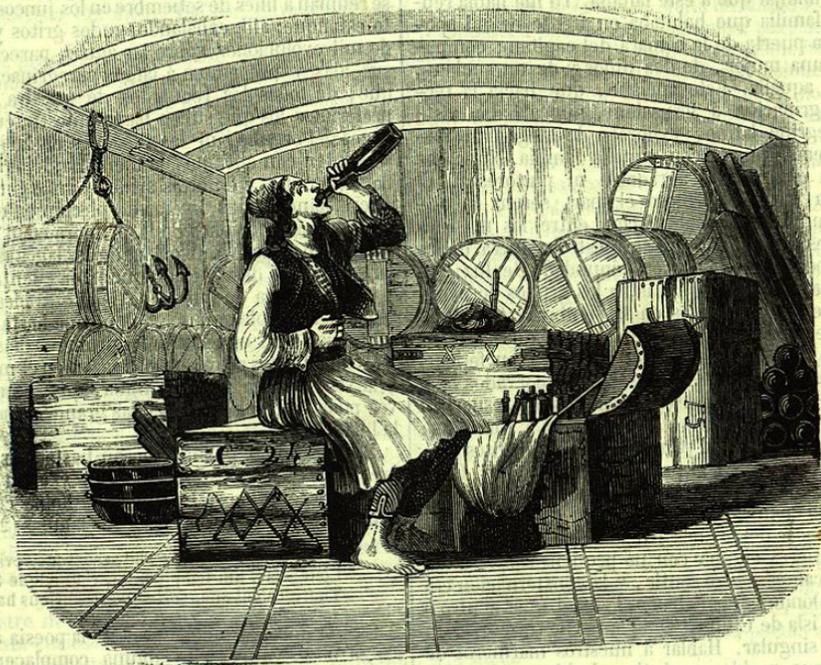
Ipsa Paphum sublimis abit, sedesque revisit
Læta suas, ubi templum illi, centumque Sabæo
Thure calent aræ, sertisque recentibus halant.

La isla de Chipre debe preferir la poesia á la historia, á no ser que escite alguna complacencia el recuerdo de una de las mas irritantes injusticias de los romanos, y una expedicion vergonzosa de Caton. Pero no deja de llamar la atención que los templos de Amantonia y de Idalia se convirtieron en castillos feudales en la edad media. Un noble francés era rey de Pafos, y algunos barones cubiertos con sus casacones, estaban alojados en los santuarios de Cupido y las Gracias. En el *Archipiélago* de Dapper puede verse toda la historia de Chipre; el abate Mariti ha dado á conocer las revoluciones modernas y el actual estado de esta isla, muy importante aun por su situacion geográfica.

El tiempo era tan hermoso y el ambiente tan suave que todos los peregrinos pasaban la noche sobre el puente. Entregado me hallaba á un tranquilo sueño el 30 de setiembre á las seis de la mañana, cuando vino á despertarme un confuso rumor de voces. Abriendo entonces los ojos, descubrí á los peregrinos que miraban hacia la proa del buque; pregunté la causa de aquel súbito movimiento, y todos me respondian:

(1) Véanse los *Mártires*, lib. XI.
(2) Véanse los *Mártires*, lib. XVII.

«¡Signor il Carmelo! El Carmelo!» El viento se había levantado á las ocho de la noche anterior, y al fin de ella nos encontrábamos á la vista de las costas de Siria. Como estaba acostado enteramente vestido, puseme al punto en pié, tomando informes acerca de la montaña sagrada. Todos se apresuraban á señalármela con la mano; pero nada descubría, por impedirlo el sol, que empezaba á levantarse en frente de nosotros. Aquel momento ofrecía cierto sello de religion y solemnidad; todos los peregrinos habían quedado en silencio y en la misma actitud con el rosario en la mano, esperando la ansiada aparicion de la Tierra-Santa; el jefe de los papas oraba en alta voz, y solo se escuchaba esta oracion y el rumor de la carrera del bajel, impelido por el mas próspero viento sobre un mar que parecia de oro. De tiempo en tiempo resonaba un grito en la popa, siempre que se veía el Carmelo. Al fin descubrí esta montaña como una mancha redonda debajo de los rayos del sol. Entonces me arrojé como lo hacen los latinos. No esperé aquella especie de agitacion



SOBRIEDAD DEL INTÉRPRETE JUAN.

no-Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven todavía; Jafa debía hallarse bajo la misma proa del bajel, pero aun no se veía; luego, la costa se deprimía insensiblemente hasta el último cabo al Mediodía, donde parecia desvanecerse; allí empezaban las playas de la antigua Palestina, que van á reunirse con las del Egipto, y se hallan casi al nivel del mar. La tierra, de que nos hallábamos poco mas ó menos á distancia de odio ó diez leguas, parecia generalmente blanca con ondulaciones negras, producidas por las sombras; nada formaba un relieve en la linea oblicua que trazaba de Norte á Mediodía; ni aun el Carmelo se destacaba sobre el plano, pues todo se mostraba monotono y mal iluminado. El efecto general era casi el del Borbonesado, cuando se le mira desde las alturas de Tarara. Una fila de nubes blancas y dentelladas seguía en el horizonte la di-

reccion de las tierras, y parecia reproducir su imagen en el cielo.

El viento nos faltó á medio dia, y se levantó de nuevo á las cuatro; pero, por la ignorancia del piloto, pasamos del punto á donde nos dirigíamos. Navegábamos á toda vela hácia Gaza, cuando algunos peregrinos reconocieron, mediante la inspeccion de la costa, la equivocacion de nuestro piloto, siendo preciso virar de bordo; maniobra que nos hizo perder algun tiempo, y sobrevino la noche. No obstante, nos acercábamos á Jafa, cuyas luces se veían, cuando levantándose el Noroeste con nueva fuerza, el temor se apoderó del capitan, que, no atreviéndose á buscar la rada durante la noche, hizo girar la proa y ganó la alta mar.

Yo, apoyado en la popa, miraba con una verdadera pesadumbre alejarse la tierra. Media hora despues,

descubrí una especie de reverberacion lejana de un incendio sobre la cimas de la cordillera formada por las montañas de Judea. La luna, que producía este efecto, no tardó en mostrar su ancho y encendido disco sobre Jerusalém. Parecia que una mano protectora levantaba aquel faro en la cima de Sion para guiarnos á la Ciudad Santa. Por desgracia, no seguimos, como los Magos, el astro amigo, cuya claridad solo nos sirvió para que huyésemos del puerto que tanto habíamos deseado.

Al día siguiente, miércoles 4 de octubre, al rayar el alba, nos hallamos arrimados á la costa, casi en frente de Cesárea, siéndonos preciso subir al Mediodía á lo largo de la costa. Afortunadamente el viento era próspero, aunque débil. A lo lejos descollaba el anfiteatro de las montañas de la Judea, desde cuyo pié hasta el mar se extendía una vasta llanura. Casi ningun vestigio de cultivo se descubría en esta, y su único albergue era un ruinoso castillo gótico, terminado en un minarete inseguro y abandonado. Aquella triste tierra terminaba en unas rocas amarillas y negras, que se alzaban en una costa en donde veíamos y oíamos estrellarse las olas. El árabe, errante en ella sigue con ávidas miradas al bajel que cruza el solitario horizonte, y espera los despojos del naufrago en los mismos lugares donde Jesucristo mandaba alimentar al hambriento y vestir al desnudo.

A las dos de la tarde volvimos á ver á Jafa, desde donde fuimos tambien descubiertos, saliendo un bote en nuestra busca. Yo me serví de este bote para enviar á Juan á tierra, despues de entregarle la carta de recomendacion que los comisarios de Tierra-Santa me habían dado en Constantinopla, dirigida á los frailes de Jafa, á quienes escribí al mismo tiempo algunas lineas.

Una hora despues de la partida de Juan anclamos delante de Jafa, quedando esta al Sudeste, y el minarete de la mezquita al Este, cuarto Sudeste. Señalo aquí los rumbos por una razon importante: los buques latinos anclan por lo regular mas á lo largo, y se hallan sobre un banco de rocas que puede cortar los cables, mientras los buques griegos, mas inmediatos á tierra, se hallan sobre un fondo menos peligroso, entre la dársena de Jafa y el citado banco.

Jafa presenta un miserable grupo de casas, reunidas circularmente y dispuestas en anfiteatro en el declive de una costa elevada. Los desastres de que esta ciudad ha sido tantas veces teatro, han multiplicado sus ruinas. Una muralla, cuyas dos estremidades llegan al mar, la rodea por la parte de tierra y la pone á cubierto de un golpe de mano.

Varios caiques se adelantaron en brev de todas partes en busca de los peregrinos; el traje, las facciones, la tez, el aire fisonómico y el lenguaje de los patrones de aquellos caiques, me anunciaron al punto la raza árabe y la frontera del desierto. El desembarco de los pasajeros se ejecutó sin tumulto, aunque con una prisa muy legítima. Aquella multitud de ancianos, de hombres, mujeres y niños no hizo oír, al poner el pié en la Tierra-Santa, esos gritos, llantos y lamentos de que algunos se han complacido en hacer gratuitas y ridículas pinturas. Todos se mostraban tranquilos; y es seguro que de todos los peregrinos yo era el que se hallaba mas conmovido.

Al fin vi llegar un bote en el que distinguí á mi criado griego, acompañado de tres frailes, quienes, reconociéndome por mi vestido, me saludaron afectuosamente con la mano. En breve llegaron á bordo. Aunque los tres frailes eran españoles y hablaban un italiano difícil de entender, nos estrechamos las manos como verdaderos compatriotas. Salté con ellos al bote y entramos en el puerto por una abertura practicada entre los peñascos, y peligrosa aun para tan pequeña embarcacion.

Los árabes que en la orillase hallaban, se adelanta-

ron, llegándoles el agua á la cintura para trasladarnos sobre su espalda. En aquel momento tuvo lugar una escena bastante chistosa: mi criado llevaba un capote blanco; y siendo este el color que anuncia entre los árabes una condicion elevada, se dieron á pensar que mi criado era el scheik; apoderáronse, pues, de su persona, y le condujeron en triunfo, á pesar de sus protestas, mientras yo, gracias á mi vestido azul, era trasladado humildemente sobre la espalda de un des-arrapado mendigo.

Fuimos luego al convento, sencilla casa de madera construida en el puerto, y que disfruta de una hermosa vista de mar. Mis huéspedes me llevaron primero á la capilla, que hallé iluminada, y en ella dieron gracias á Dios por haberles enviado un hermano; benéficas instituciones cristianas, por cuyo medio el viajero halla amigos y socorros en los países mas bárbaros; instituciones de que he hablado en otra parte, y que nunca serán bastante admiradas.

Los tres frailes que habían ido á buscarme á bordo se llamaban Juan Truylos Penna, Alejandro Roma y Martín Alexano; componian á la sazón toda la comunidad, pues el prior, el padre Juan de la Concepcion, se hallaba ausente.

Al salir de la capilla, los frailes me llevaron á mi celda, en la que había una mesa, una cama, un tintero, papel, agua fresca y ropa blanca. Es preciso desembarcar de un buque griego cargado de doscientos peregrinos, para conocer el valor de todo esto. A las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos frailes que acababan de llegar de Rama y se dirigían á Constantinopla: eran los padres Manuel Sancia y Francisco Muñoz. Recitóse en comunidad el *Benedicite*, precedido del *De profundis*; recuerdo de la muerte, que el Cristianismo mezcla á todos los actos de la vida para hacerlos mas graves, como el paganismo lo mezclaba á sus festines para hacerlos mas bulliciosos. En una mesita limpia y aislada me fueron servidas algunas aves, pescados y esquisitas frutas, como granadas, sandias, uvas y dátiles: además de esto tenía á mi disposicion el vino de Chipre y el café de Levante. Mientras me veía colmado de obsequios, los frailes comían un poco de pescado sin sal y sin aceite. Mostrábanse graves con modestia, afables con urbanidad, y no se entregaban á inútiles preguntas ni á una vana curiosidad. Toda la conversacion versó sobre mi viaje, y sobre las providencias que era preciso tomar para que lo terminase felizmente: «Porque ahora, me decían, somos responsables á la Francia de vuestra persona.» Al efecto, habían despachado ya un aviso al scheik de los árabes de las montañas de la Judea, y otro al padre procurador de Rama. El padre Francisco Muñoz me decía: «Os recibimos con un corazón limpio e blanco.» Inútil era que este buen religioso español me asegurase la sinceridad de sus sentimientos, pues los habría adivinado facilmente al ver la piadosa franqueza de su semblante y sus miradas.

Esta recepcion tan cristiana y caritativa en la tierra donde nacieron el Cristianismo y la caridad; aquella hospitalidad apostólica en el lugar donde el primero de los Apóstoles predicó el Evangelio, me enternecían vivamente, pues recordaba que otros misioneros me habían recibido con la misma cordialidad en los desiertos de América. Los religiosos de Tierra-Santa tienen tanto mas mérito, cuanto que, al prodigar á los peregrinos de Jerusalém la caridad de Jesucristo, han guardado para sí la cruz que se plantó en aquellos mismos lugares. Aquel padre de corazón limpio e blanco me aseguraba tambien que la vida en que se ejercitaba hacia cincuenta años, le parecia un *vero paradiso*. Ahora bien: ¿quereis saber lo que es ese paraíso? Una espoliacion diaria, la continúa amenaza del palo, los grillos y la muerte! Habiendo este religioso lavado en la última Pascua los corporales del